

1935

María Christen Florencia

Che fai tu, luna, in ciel? dimmi, che fai,
Silenziosa luna?
Sorgi la sera, e vais
Contemplando i deserti; indi ti posi.
Ancor non sei tu paga
Di riandare i sempiterni calli?
Ancor non prendi a schivo, ancor sei vaga
Di mirar questa valli?

Leopardi *Canto Notturmo*

¿Qué haces, luna, en el cielo? Di, ¿qué haces, oh silenciosa luna? Cuando anochece naces; los desiertos contemplas al pasar; después, te escondes. ¿Aún no estás fatigada de recorrer las sempiternas rutas? ¿Aún no sientes hastío, aún no te cansas de ver estos illes?

Efluvios, vagas emanaciones que calladas llegan, como aves, y en su vuelo atraen imágenes que al golpeteo de sus alas recuerdan nubes, sin sombra, vagarosas, perdidas en un profundo cielo. ¡Vagas sombras que llenan la memoria a otros días!

Porque ahora, cuando te miras al espejo, dices: "¡Al museo de cera!". ¡Por menos el color no se notará!

Y luego la gente te habla de lo que dijo e hizo y tú te encoges de hombros no recuerdas nada de eso, ni te parece siquiera haberlas conocido y, además, miras la foto, de esas viejas pegadas en cartón reforzado, y ves los rostros y al fin reconoces que no recuerdas a nadie, bueno a tu hermano y a tí, porque siempre que viste la foto te quedaste largo tiempo mirándote escondidas, porque no pensaran que eras vanidosa, pues tenías que ser modesta.

También debías ser limpia, honesta, pudorosa, callada y no gritar, porque las niñas hablaban en voz baja y tocaban el piano, lo que nunca hiciste porque siempre rompiste las normas, y no te ves sino como una eterna sucesión de normas no cumplidas ¿Y eso eras tú?

Pero, en serio, ¿qué reconoces de ese pasado? ¡Al museo de cera con todo el resto! ¿Y a quién preguntarle, si ya nadie se acuerda?

Por ejemplo, ese hueco, quemado, árbol de noches tristes, que antes fue frondoso ahuehuete del que colgaban ramas con hojas tiernas y jugosas, centenario guardían de tu castillo encantado. Porque todos tienen su palacio perdido, que algunos confundieron con el Edén, y cuando te acuerdas del tuyo empiezas a hablar de cosas que solamente interesan a los viejos, y ni siquiera a los viejos, sino a esa anciana que eres tú, que quiere aprisionar las únicas imágenes que quedan de un cielo que nunca volverá a ser, o de un ahuehuete que ha dejado de ser.

Y es que la vida cuesta muy caro y no puedes comprar ni siquiera la quinta parte en video, porque ese video no repetiría lo que fue tu vida, y le faltaría lo que ahora eres. Video museo de cera ¡Mejor me quedo con el recuerdo! Morel, la máquina de Morel no cambia nada y sólo repite lo que seleccionó. Pero ¿ves? tú cambias cada vez que miras la foto y te gusta que sea así, y te gusta olvidar y recordar y vivir, sin máquina de Morel, cualquier efluvio que llegue...

Nunca antes habías estado en una boda. O tal vez sí. Al menos tu memoria no recuerda sino confusamente otra ocasión en la que quizás estabas asistiendo al ritual del tocado de la novia. Debíó haber sido en un tiempo muy lejano, pues en tu memoria solamente hay flores: cientos, miles de ellas; blancas, olorosas, en canastas, en ramos y en festones que adornaban unas habitaciones que desconocías y por las que correteabas aceleradamente, ya muy pasada la hora de la cama.

Mas entre este confuso y borroso recuerdo —“¡Que niña tan mona!”—, —“¿Es tuya?”— —“¿No quieres un dulce?” y esta boda de la foto, no había nada en común.

¿Sabes?, una novia era algo importante: alto y delgado, y tenía como único, principal y envidiable atributo, un vestido con una cola enorme que caía en cascada sobre unos escalones alfombrados de rojo. ¡Ni siquiera el mantel de la casa se le igualaba! parecía abanico, colcha, pétalo de alca-traz...

Traías puestos unos guantes. No todas las niñas los llevaban. El usarlos te colocaba en la categoría de las personas importantes, como la novia. Ser novia no era ser reina. ¿Qué era después de todo ser reina? Nadie, solamente una señora de enorme diadema en medio de arlequines y pierrots. Ser novia, en cambio, era ser algo que se alargaba hasta el cielo, enmarcado entre festones de margaritas y macetones de espárragos col-gantes.

Te mirabas las manos enguantadas y abrías y cerrabas los dedos para oír crujir el hilo de las costuras. ¿Cuántos dedos tenías? Con guantes parecían menos, así que era mejor estirarlos mucho, para que se vieran todos. ¿Pero que hacía tanto tiempo la gente ahí parada?

Viste la sedosa cola, colcha sobre cojines, cama... Había un arrullo de música y los encajes intercalados en forma de triángulos en los sesgos del vestido se fueron esfumando. Volviste a recordar el mantel de Pascua, y no comprendías si los vestidos de novia los hacían de manteles o al contrario. Preguntaste varias veces, pero nadie te respondió.

¿Por qué, ahora, de pronto, te pellizcaba tu madre? Te levantaste, los ojos a medio abrir, y te pusiste a contemplar los botoncitos nacarados de tus guantes. No conocías a los otros niños ¿o sí?, tal vez a las niñas que iban vestidas igual que tú, pero no te atreviste a saludarlas, ¡eras tan tímida y hoy todo era tan diferente!. Te faltaba tu hermano quien se había alejado con un chico mayor. Si no fuera porque eras importante, tus guantes lo decían, habrías corrido tras ellos.

Desde la entrada se veía la casa al fondo de un túnel de árboles. Era un palacio con escaleras de cuyas balaustradas colgaban helechos y espárragos. El bosque tenía glorietas y quioscos cubiertos de parras y rosas trepadoras, y empezaba tras una verja de hierro de la que partía un largo cordel que se perdía entre las ramas de los ahuehuetes y de los fresnos, y llegaba hasta una campana que sonaba constantemente.

Los chiquillos tiraban una y otra vez del cordel y cuando llegaba un viejecito malhumorado y sudoroso a abrir, había que correr y esconderse, aunque fuera tras los macizos de hortensias.

Ya no te acordabas de los guantes, y el vestido de tul hacía mucho había perdido su escarola azul pálido. No sabías cómo se había roto... tal vez fue cuando tu hermano encontró un lugar lleno de misteriosas ventanas oscuras, con vidrios sucios y rotos, que parecían los sótanos.

Arriba, llenos de luz, estaba el comedor con gente ruidosa que te ignoraba totalmente y una enorme cocina con mesas repletas de platos de los que podías robar pedazos de pastel a medio comer.

Abajo, sin luz, ni flores, ni manteles de cola, estaban los sótanos oscuros, con olor a moho y pis de gato. Eran dos mundos. En el de arriba la gente apiñada, siempre con prisa, reía sin razón de todo y por todo. En el de abajo se abría un horizonte fascinante de calma y de silencio. ¡Tal vez hasta hubiera una gata con gatitos!. Después de todo, en la casa de muñecas había palomas.

Poco antes la habías encontrado. Nunca habías visto nada igual. Era más grande que tu propia recámara. Las habitaciones corrían a lo largo de las paredes y cada una tenía puertas y ventanas. Al asomarte por ellas, de momento no viste sino polvo y algunas palomas que zurearon incómodas; pero al poco rato empezaron a aparecer los verdaderos habitantes: un padre, era necesario un papá con gafas de Carey, una mamá, muchos tíos y un hermano.

Desgraciadamente, también hasta la casita llegaron los molestos chiquillos que te jaloneaban los bucles y te perseguían con pretexto de una guerra en la que nunca entendiste quienes eran amigos y quienes enemigos. El escondite del quiosco pronto dejó también de ser un refugio. ¿Fue así como llegaste a los sótanos?

Al principio no te atrevías a entrar a ellos. El silencio era atractivo, no había niños pesados ni señoras preguntonas; pero ¿qué más había? Porque ahí se veían docenas de colchones parados en fila y cómodas despintadas, apiladas como parapetos ¿contra qué guerra? Parecía un almacén de cuento, un puerto... ¡Eso era! ¡Un barco!; mas los barcos tenían que protegerse contra los piratas y éstos no tardarían en llegar, ya los oía por las escaleras de servicio... Claro que tuvieron que pasar primero por la cocina y tanto pastel por ahí regado fue una buena trampa que los detuvo.

Y ahí te quedaste largo tiempo, sin que nada más pasara, sola, sin atreverse a salir, ni siquiera a buscar a tu hermano, hacía mucho tiempo perdido. Te quedaste con los ojos muy abiertos, sintiendo un extraño peso en las piernas y una opresión en el pecho. Nunca supiste cuando ni por dónde saliste; solamente recuerdas que los árboles ya no eran amigos, ni la gata, ni las baldosas desiguales con musgo entre las grietas... Tampoco sentías el poder de los guantes, ¿qué les había pasado?

Subiste lentamente la escalera, volteando a ver si aún estaba el fotógrafo tras su cortina negra. Tus pies se enredaban con los girones del vestido. En el vestíbulo había copas y platos a medio llenar. Aun se oían risas. No sabías si buscar a tu madre, ni dónde hacerlo. Sentías llegar una especie de tristeza que traía el anochecer. En las camas de madera labrada con angelitos gordos, frutas y flores, se apilaban abrigos de terciopelo bordados con abalorios negros y grana y algunos sombreros de fieltro con plumas. Nunca encontraste tus guantes...

Pájaro que pasas volando, luna silenciosa que contemplas un tronco hueco tras el cual no hay ni escaleras de mármol ni quioscos cubiertos de rosas, sino condominios de interés social, hilos de cemento, ventanas sin árboles y cocinas sin pastel.

Ahora sé que somos larvas encerradas en cambiante capullo, hilo tenue que se teje, se desteje y se vuelve a tejer: mortaja simultánea de vida y muerte en continua variación. Sólo hasta ahora, —mi centenario guardían hueco, muerto, nunca olvidado— he podido llegar a no avergonzarme de haber tenido una infancia feliz, bobalicona, sin traumas, y llegar a aceptar que ésa soy yo.

Larva de mí, dentro de mí
No museo de cera. ¡Vida!